

Todavía en este siglo XXI se mantiene como principal forma de ejercer la profesión de arquitecto el trabajo individual, la idea de un creador que con su genio produce las aportaciones que demandan las sociedades contemporáneas. Esta caracterización que proviene desde épocas renacentistas a partir de atribuir a un autor lo que en realidad siempre ha sido un producto colectivo, es llevada hasta el punto en que se admite por los medios de comunicación que hay algunas superestrellas de cuyas manos nacen las más espectaculares creaciones arquitectónicas dejando de lado todo aquello que no entra en este marco. Es así para la práctica actual tanto como para el recorrido histórico de las creaciones del siglo XX. Esto no quiere decir que deba negarse la posibilidad de que un arquitecto “busque encontrar un lenguaje propio, que intente llegar a expresarse por medio de éste con matices personales y que se preocupe por descubrir una expresión que lo identifique y con la que él mismo pueda identificarse” escribió Carlos Mijares. (2002:119). Pero más allá de estas aspiraciones, solamente se admite que hay autores consagrados y no aparecen otros trabajos que pueden tener también enriquecedores aciertos que pasan desapercibidos para el público en general e incluso para los propios profesionales.

Ante esta condición el interés de esta ponencia es rescatar una manera de alcanzar nuevas respuestas que está fincada en el trabajo colectivo en el cual la tendencia a los protagonismos individuales es limitada por la disposición a encontrar propuestas donde las aportaciones se mezclan generosamente y se intensifican con las ideas que los equipos comparten. No se trata de un rechazo explícito a la “arquitectura de autor” sino de una disposición a actuar de otras maneras frente a demandas que hoy circulan urgentes por las redes sociales para satisfacer necesidades apremiantes de los grupos más vulnerables de los países con mayor pobreza.

No hay que dejar de tener presente que una actividad de este tipo se llevó a cabo en México a partir de las movilizaciones que se produjeron en el año 1968 y que terminaron abruptamente frente a la violenta represión que ejerció el estado para controlar tales protestas. Este movimiento, inicialmente estudiantil y posteriormente civil, si bien se mostraba onírico e ingenuo en sus planteamientos dejó una huella en las conciencias de los arquitectos jóvenes que en la década siguiente concretaron una práctica que produjo varios resultados importantes, pero que el Estado paulatinamente fue cooptando para controlar sus efectos y mandar al olvido los posibles aciertos técnicos y políticos que estas experiencias pudieran haber tenido.

Haciendo un poco de revisión histórica hay que mencionar que en los años 60 se formó el grupo denominado COPEVI, Centro Operacional de Vivienda y Poblamiento, que se ocupó de asesorar a cooperativas de vivienda que habiéndose organizado previamente y teniendo alguna opción de propiedad sobre algún predio encontró que este grupo de profesionales de arquitectura, comprometidos con sus demandas, podrían ofrecer alternativas para llevar a cabo los proyectos de vivienda que necesitaban.

Al principio dichos proyectos debían construirse con la participación inclusive de mano de obra de los mismos arquitectos apoyando a los usuarios, experiencia que sirvió para que en los siguientes encargos se incorporaran trabajadores de la construcción que eran dirigidos por el grupo de técnicos y remunerados bajo la administración de los recursos por los propios usuarios. Estos recursos fueron modificándose en su procedencia pues inicialmente se trató de ahorros acumulados por los demandantes antes de su acercamiento al grupo asesor para posteriormente, recibir apoyo de organismos internacionales y créditos de bajos intereses por parte de los organismos gubernamentales nacionales.

Luego de la formación del grupo antes mencionado se dio la participación de varios más que siguieron su ejemplo: organizaciones de arquitectos, urbanistas, investigadores sociales y profesionales de otras disciplinas que en equipo siguieron apoyando a los grupos demandantes de vivienda y servicios urbanos, elaborando además una sólida documentación sobre el tema de la producción social de habitat, tal como lo muestran las publicaciones del grupo Casa y Ciudad, por ejemplo. Estas experiencias de profesionales de la arquitectura que se reúnen con el objetivo de poner sus conocimientos a disposición de demandantes que no tienen los recursos para pagar a arquitectos de alto reconocimiento, fueron leídas por el estado para conformar oficinas gubernamentales que realizaran las mismas funciones como el Fondo Nacional de Habitaciones Populares que aunque tuvo sus antecedentes en el Banco Nacional Hipotecario y de Obras Públicas creado en 1949, fue entre los años 1981 y 1985 que se organiza como fideicomiso para financiar, construir o mejorar viviendas populares familiares o colectivas invitando a colaborar a los arquitectos que habían trabajado en los grupos de asesores que arriba mencionamos. Destacan de aquellas épocas el Arq. Enrique Ortiz que llegaría a ser el presidente del HIC (Habitat International Coalition) y el Arq. Oscar Hagerman. No menos importante en esas épocas fue la experiencia académica del Autogobierno de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de México que realizó proyectos y obras de distinta envergadura a través de los TAPEU, Talleres Populares de Extensión Universitaria, en este caso, conformados por equipos de profesores y estudiantes.

Las experiencias a que nos referimos se dieron en la mayoría de los casos en entornos urbanos, aun cuando sus demandantes usuarios fueran originarios de alguna región rural del interior de la república. Los predios en que se dieron

estas experiencias generalmente se encontraron en la periferia de la ciudad, particularmente en la Ciudad de México y las respuestas arquitectónicas y urbanas fueron caracterizadas dentro de los patrones espaciales de la arquitectura urbana de su momento. Viviendas para pobres con diferenciación de locales para una organización familiar de carácter tradicional en la ciudad. Lo mismo se puede decir de las tecnologías y materiales empleados que solamente en contados casos consideró la experimentación de técnicas alternativas con la participación de los demandantes en la fabricación de algunos componentes de la construcción, optando en la mayoría de los casos por la forma en que se edificaba en su tiempo en el entorno consolidado de la ciudad.

Lo que sí debe quedar precisado es que en ningún caso estas experiencias se firman por un autor, aunque se reconozcan liderazgos en los grupos de asesores. Las obras fueron firmadas por el colectivo del que salieron: COPEVI, CENVI, CASA y CIUDAD, y otras y así se pueden buscar en las fuentes de información, lo cual contrastó con todos los proyectos de vivienda que se emprendían hasta esa época, como son los casos de los grandes conjuntos habitacionales como el de Nonoalco Tlatelolco (1962.1964) que se atribuye personalmente al renombrado arquitecto Mario Pani.

Así pues, en los trabajos que ahora presentamos podemos encontrar varias diferencias comenzando por ser fruto del trabajo colectivo de tal modo asumido por los participantes, como al principio lo señalamos.

Los colectivos actuales no actúan de la misma forma ni están acicateados por las mismas exigencias, sino parten de una toma de conciencia global que va de la información inmediata de las condiciones en que se vive en muchos lugares, facilitada por las redes digitales, a las posibilidades de vinculación y encuentro con grupos de demandantes que están dispuestos a interrelacionarse con los profesionales organizados, para entre ambos, lograr poner en circulación los recursos y las manos dispuestas a apoyar, en todos sentidos, la aspiración por materializar lo proyectado.

Otra diferencia que debemos considerar es también su ubicación geográfica pues todos los casos que aquí reseñamos se ubican en un entorno rural. Los territorios donde hemos encontrado estas experiencias que deseamos compartir se ubican en los estados de Oaxaca, Guerrero, Puebla y Estado de México. Son lugares habitados por comunidades indígenas y mestizas que tienen en común muy escasos recursos y poca infraestructura, pero a su vez una larga tradición de trabajo comunitario, una tecnología constructiva heredada de muchas generaciones y un conocimiento de los materiales y de los suelos que se obtiene en la convivencia diaria con esta condición.

Los grupos de profesionales involucrados, a su vez están conformados a partir de su origen académico pues se mezclan profesores jóvenes que se inician en la docencia con estudiantes dispuestos a adquirir nuevos conocimientos a partir de la práctica alternativa que busca caminos diferentes a los que ofrece el mercado de sistemas constructivos y materiales industrializados cuyo origen y patentes están en manos de monopolios internacionales. Y aunque estos territorios son rurales las condiciones geográficas no son las mismas pues varían en cuanto a clima, vegetación, tipos de suelos, topografía, organización comunitaria de los espacios y los servicios con que se cuenta en la región; además de las vinculaciones con la zona geográfica de su entorno a través de caminos y medios de transporte que circula por los mismos.

Iniciamos la reseña de estas experiencias con las realizadas en el estado de Oaxaca. Esta parte de la república se encuentra al sur de la capital del país, a unos 600 kilómetros de distancia y es a su vez un vasto territorio de variada geografía con dos cadenas montañosas que lo cruzan dejando entre ellas los llamados Valles Centrales. La cadena del norte lo separa del altiplano y la del sur de la costa del océano Pacífico. Es un área poblada por varias etnias originales que conservan profundamente sus tradiciones y que plasman en todas las actividades que realizan. La presencia de estas etnias se distribuye en las áreas más alejadas de los centros urbanos, pero también se asienta en las periferias de estos, sin que se presente una clara separación de la población mestiza. Se distinguen claramente por la lengua que hablan, el zapoteco y el mixteco, aun cuando estas lenguas tienen variaciones entre ellas. Sin embargo, esta riqueza étnica no está exenta de conflictos en algunos casos, por la posesión de tierras o por límites territoriales. Por lo general se trata de pequeñas intervenciones que van desde Centros de reunión, bibliotecas, escuelas, hasta viviendas, realizadas con materiales de la región y procesos ancestrales, pero con nuevos lenguajes.

Oaxaca, Xoxocotla... (por desarrollar)

Puebla, Cuetzalan... (por desarrollar)

Estado de México.

Otro trabajo que aquí presentamos es el realizado en "El Coporito", Municipio de Temascaltepec, Estado de México, que es una zona montañosa al sur de la ciudad de Toluca y ubicada en las faldas del volcán Xinantécatl o Nevado de Toluca, una elevación de 4,600 msnm. Este sitio tuvo su origen en la explotación de la plata y actualmente vive principalmente

de la producción forestal. Aquí se llevó a cabo un trabajo que el grupo que la proyectó denominó “Aula por la Equidad”, una escuela rural que sirve a su vez como centro comunitario por la facilidad generada en el proyecto para ser utilizada por los niños en edad escolar y por los habitantes del entorno. El trabajo fue realizado por estudiantes de la Universidad Iberoamericana sede Ciudad de México dentro del taller llamado “Suficiente Arquitectura” cuyos profesores buscan acercar a sus alumnos a los problemas de corte social. Este proyecto fue materializado con el financiamiento de del Consejo Nacional de Fomento a la Educación (CONAFE), un organismo descentralizado del estado que brinda apoyo a la educación inicial y básica del país y el proceso de diseño se llevó a cabo con la participación de la comunidad a través de una integración activa que tomó en cuenta sus opiniones para dar como resultado una vinculación con el resultado que lleve a la apropiación de sus espacios.

Guerrero, Facultad de arquitectura.... (por desarrollar)

### Conclusiones

Los trabajos que mostramos pueden representar en México la incorporación de los arquitectos jóvenes y estudiantes de esta disciplina de distintas universidades públicas y privadas y de distintos países, a una práctica realizada en otras partes del mundo desde hace algunos años dentro de este siglo XXI, donde se han enfrentado los mismos pequeños y grandes problemas: una incorporación precaria al ejercicio profesional, una cierta inexperiencia en el oficio que como dice Luis Fernández-Galiano se compensa con el entusiasmo (2012:3), la falta de presupuestos para construir lo diseñado, y hasta el desprecio que se muestra en el medio profesional a estas experiencias . Las rutas que siguen hoy estos grupos tal vez son similares a las de los años 60, sin embargo, algo va cambiando paulatinamente. Su impacto comienza a ser mas trascendente pues la manera en que se difunde el trabajo alcanza límites que antes se quedaban en el entorno inmediato. A través de este tipo de proyectos “ha sido posible comprender la importancia del trabajo de mediación de las redes que se conforman entre los pobladores originarios y los agentes foráneos integrados a las prácticas constructivas” dice Alejandro Montes González (2017:14). Es decir, han dejado de ser solamente testimoniales para interconectarse en un contexto más amplio, dice Iván López Munuera (2012: 16), pues se incorporan a otras preocupaciones como la de conservación del medio ambiente, la del arraigo de las poblaciones en su lugar de origen para desalentar las migraciones, la de recuperación de las culturas tradicionales para hacer frente a la individualización y banalización de la economía neoliberal, para dar salida finalmente a otras formas de enseñanza de la arquitectura que supera la dependencia de los alumnos al tutor para incorporar a los demandantes en el proceso de identificación del problema, en la creación de las alternativas de solución proyectual y en la materialización de las creaciones resultado de este camino recorrido.

### BIBLIOGRAFÍA

Mijares, Bracho Carlos, “Trazos y Demoras” 2002, Instituto Superior de Arquitectónica y Diseño, Chihuahua, México  
Fernández-Galiano, Luis, “Colectivos necesarios”, 2012, Revista Arquitectura Viva, Número 145, Madrid, España  
Manuera, López Iván, “Notas sobre el “bum”, 2012, Revista Arquitectura Viva, Número 145, Madrid, España  
Montes, González Alejandro, “Mezcal y Tierra”, 2017, COAA, Oaxaca, México.